

mio de la fidelidad; pues, sin el auxilio de María, todas ellas serian esposas infieles.

Ea pues, vosotras las que anhelais por no ser del mundo, sino de Jesucristo, dadle gracias por la merced que os hace de atraeros á su amor, y ofreceos enteramente á su servicio en esta vida. Decidle con todo afecto: ¡Oh Jesús, Dios y Redentor mio, que quisisteis morir por mi amor! permitid que ose invocaros tambien con el nombre de Esposo; pues á tanto me atrevo, al ver que vos me llamais á tanta honra; por cuyo beneficio no sé como daros las debidas gracias. Aceptad, por un efecto de vuestra misericordia, el don que os hago de mi persona, y no le desecheis conforme exigieran mis merecimientos. Olvidad las ofensas que en las pasadas épocas contra vos he cometido, de ellas me arrepiento con toda mi alma; ojalá hubiese perecido ántes de cometerlas! Perdonad mis culpas, inflamad mi corazon con vuestro amor, concededme vuestro auxilio, para que me conserve fiel á vos, y tenga la dicha de bendeciros eternamente en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

DONCELLAS.—Su pudor debe atraerles el respeto de las personas que se les acercan.

Su fragilidad debe hacerles amar la severidad en las personas que han de vigilarlas.

Su prudencia debe darles autoridad sobre las personas que las pretenden.

DONCELLAS.—Su buena ó mala vida depende de su buena ó mala educacion.

Su conducta se puede regularizar más ó ménos fácilmente, segun que se hayan aficionado más ó ménos al mundo.

DONCELLAS, véase: MUJER CONSIDERADA COMO DONCELLA Y VIRGINIDAD.

DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.

Todos fueron llenos del Espíritu Santo.

(Act. II, 4.)

El Salvador del mundo despues de haber revelado á los hombres los más altos misterios; despues de haber hecho resonar en las sinagogas verdades inauditas, superiores á las máximas de todos los legisladores y reformadores más célebres; enseñado la más pura moral y la doctrina más sublime: dado el ejemplo de todas las virtudes las más eminentes, las más heróicas; y probado su amor á los hombres, hasta morir en una cruz para reconciliarlos con Dios su Padre; despues de haber instituido su sacrificio, fundado su sacerdocio, determinado su jerarquía, y establecido sus sacramentos; cuando, en fin, hubo consumado todas las funciones de su ministerio, en el momento en que iba á dejar la tierra para restituirse á su pátria, prometió á sus Apóstoles enviarles el Espíritu Santo para que les enseñara toda verdad. Lo que habia prometido, lo ejecutó el décimo dia despues de la Ascension. El Espíritu Santo descendió de lo mas alto de los cielos, animó á los Apóstoles con su virtud divina, y los convirtió en hombres del todo nuevos, llenos de luces, de amor de Dios, de celo, de fortaleza, hasta el punto de que sus mayores adversarios se veian obligados á admirar su constancia y su firmeza. ¡Qué maravilla, ver á esos hombres, ántes tan ignorantes, tan groseros, incapaces de comprender las cosas mas sencillas, convertidos, en un momento, en hombres llenos de inteligencia y de luces, anunciar lo que hay de más profundo en las Escrituras, de más oscuro en las profecias, de más elevado en los misterios, y hacerse de improviso otros tantos oráculos divinos, que instruyen á todo el universo! ¡Qué espectáculo tan bello y encantador ver á esos hombres tan débiles, que no tuvieron valor para confesar á Jesucristo al tiempo de su Pasion, publicar con valentía la gloria de su nombre delante de los magistrados, de los grandes y de los príncipes de la tierra, sin que pudiesen imponerles silencio!

Pero no creais, hermanos míos, que los Apóstoles recibieron solamente para ellos el Espíritu Santo; le recibieron tambien para todos

los que debían creer en Jesucristo por su ministerio, ó por el de sus sucesores. Así, todos los fieles pueden tener parte en esta efusion del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. De ella reciben las primicias en el sacramento del bautismo, y se les dá de una manera todavía más abundante en el de la confirmacion. Y cuando el alma, que está en gracia, por el fervor de la caridad prorumpen en actos de amor heróicos y abrasados, recibe al Espíritu Santo y todos sus dones, que son los atavíos de este celestial Esposo. De estos dones, de estas cualidades sobrenaturales que el Espíritu Santo infunde á las almas, para hacerlas dóciles á las inspiraciones de la gracia, nos ocuparemos en el presente discurso. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En el hombre hay dos vidas: la vida de la razon, y la vida de la gracia. La primera quedó muy debilitada desde que el pecado original abrió tan hondas heridas en el entendimiento y en la voluntad. Así se observa que los grandes hombres del paganismo, con verse dotados de un clarísimo ingenio, no salieron nunca del laberinto de los errores. Sócrates, Aristóteles, Platon, Tulio, Virgilio, Homero, Horacio, llenan las páginas de muchos libros; y si la simple razon, si la razon decaída, si la razon degradada ha tenido ilustres representantes, han sido aquellos preclaros filósofos. Sin embargo, nunca salieron de las tinieblas, aunque se creían luz, ni encontraron más que alguna incompleta verdad, aunque el mundo los honraba como sábios. Para la vida de la razon perfeccionan al hombre las virtudes humanas; pero para la vida de la gracia, la vida del hombre, elevado á su mayor dignidad y perfeccion, la vida, que es el trato y comunicacion con Dios, son necesarias ciertas cualidades sobrenaturales, que se llaman dones del Espíritu Santo, no solo porque los infunde Dios, sino porque con ellos nos disponemos á ser prontamente movidos por las inspiraciones divinas. Estos dones necesarios para la salvacion son siete, y se ven distintamente explicados en el capítulo once de Isaías.

2. El primero es el *don de sabiduría*, que nos hace formar juicio recto de todas las cosas relativas á nuestro último fin. Vedlo en los Apóstoles. Ellos eran hombres sin educacion, sin letras, ocupados desde su infancia en trabajos oscuros; y en todo el círculo de sus conocimientos no entraban más que una ribera, una barca, y algunas redés, que manejáran toda su vida. Así vemos, que todos los cuidados del Salvador para instruirlos fueron inútiles; sus tardos entendimientos no comprendían las lecciones divinas; siempre inclinados hácia la tierra, solo alcanzaban lo que cae bajo el resorte de los sentidos. Pero

viene el Espíritu Santo, les ilustra con sus luces, y al punto el velo que cubria sus inteligencias se rasga, sus tinieblas se disipan, sus dudas se desvanecen. Hablan de las cosas divinas con una unción celestial: instruyen á los doctores mismos con un aire de superioridad que sorprende: enseñan una doctrina santa é inmaculada en sus dogmas y en su moral. Se pasman cuantos los oyen, y á pesar del furor que arrebatá á sus adversarios, nada tienen que oponer á su doctrina y sabiduría. Lo propio, aunque no en el mismo grado, se ha visto en otros. ¿Cuántas personas, que nunca habían saludado las escuelas, hablaron de las cosas celestiales con tal precision, con una sencillez tan alta y sublime, que causaron admiracion á insignes teólogos? ¿Quién les instruía sino el Espíritu Santo? Amemos á Dios de palabra y obra, aprovechémonos de las mociones del Espíritu Santo, y recibiremos el don de sabiduría, cuyos efectos serán un conocimiento elevado de la primera y suprema causa, que es Dios, para poder arreglar por él todas nuestras obras, y una fuerte inclinacion de la voluntad, para obrar conforme al impulso superior que se nos comunique.

No es este el único don con que el Espíritu Santo enriquece á los justos, también les infunde el *don de entendimiento*, esto es, una luz sobrenatural, para entender ciertas cosas árduas y oscuras de nuestra fé, y principalmente los lugares de la Sagrada Escritura. Volvamos á los Apóstoles. ¿Quién iluminó á estos rudos y toscos pescadores, para remontarse á lo más alto de los cielos, ¿entrar en la profundidad de los secretos de la divinidad, hablar con tanta precision de los misterios más sublimes, y penetrar el sentido de los oráculos proféticos? ¿Quién instruyó á S. Pedro, para que en el mismo día que descendió el Espíritu Santo, desentrañase las Escrituras, citase tan oportunamente á los Profetas, é hiciese ver á todo el pueblo, que aquello mismo que veían y admiraban, estaba predicho de antemano, en confirmacion de que aquel á quien los Pontífices y fariseos habían crucificado, era el Mesías prometido y el libertador que todos esperaban? ¿De dónde sacó aquel sermón, que convirtió de una vez tres mil judíos á Jesucristo? ¿De dónde sacaron él y los demás Apóstoles aquella sublimidad y elevacion de sus discursos y sus escritos? ¿No está aquí patente la obra del Espíritu Santo? De algunos santos leemos, que recibieron las luces necesarias para interpretar los lugares difíciles de la Sagrada Escritura, no leyendo otros expositores, sino haciendo oracion. Y ¿cuántos que en el mundo pasan por necios, tienen más sublimes ilustraciones que los teólogos más sábios? Este don de entendimiento es tan excelente que, para alcanzarlo perfectamente, se necesita mucha

pureza de alma; y si es cierto, que todos los que están en gracia de Dios lo poseen, en cuanto al conocimiento de las cosas necesarias para su salvacion, no lo es ménos que, en cuanto á lo heróico de sus grados, solo se logra á fuerza de mucha oracion, de profundísima humildad, y de frecuente y fervoroso trato con Dios.

Al don de entendimiento sigue el *de consejo*, que nos hace tomar en todas las cosas el más acertado partido respecto á nuestra salvacion. La principal, la más grave herida que recibimos con el pecado, es la ignorancia que, cual densa nube, cubrió el entendimiento de nuestros primeros padres, y como un cáncer incurable se ha propagado á todos sus descendientes. Solo vislumbramos la verdad entre sombras y figuras: nuestros sentidos están fascinados: damos el nombre de bien al mal, y el de mal al bien. Esta profunda ignorancia, y las artificiosas invenciones del demonio para perdernos, nos ponen en la necesidad de un impulso particular del Espíritu Santo, ó de una ilustracion divina, que nos haga conocer las astucias del enemigo infernal, y cuanto puede conducir á la consecucion de la vida eterna. Con el don de consejo, conoce el alma lo que ha de hacer para conseguir la gloria eterna, y lo conoce con tal seguridad, que está cierta de no equivocarse. Siendo así, ¿nos atreveremos á resistir al Espíritu Santo, cuando viene á enseñarnos lo que debemos practicar? Aprovechémosnos de sus inspiraciones, y entónces no solo será nuestro guia y nuestro maestro, nos dará, además, fortaleza para resistir á todos los peligros, y superar todas las tentaciones.

Amasados en la iniquidad, segun la frase de David, nuestra debilidad es suma, y son necesarios grandes esfuerzos para conservar la gracia del Señor. El gérmen de la concupiscencia nos inclina de continuo al mal, y tiene á su disposicion otros tantos auxiliares que trabajan de consuno para perdernos, cuantas son nuestras propias pasiones. A estos enemigos interiores agréganse los exteriores, enemigos sagacisimos, que expian nuestro flanco débil, y están en continua vigilancia para ofrecernos ocasiones de pecar. ¿Cómo podremos resistir á tantos y tan formidables adversarios? ¿Nos será dado vencer en tan comprometida lucha? ¿Desdichado el mortal que confia en sí propio! Su presuncion se verá abatida. ¡Miserable condicion la nuestra! Un ligerísimo soplo basta para derribarnos y perdernos. Pero no desconfiemos; si acudimos humildemente á Dios, el Espíritu Santo derramará en nuestra alma una fortaleza, una intrepidez invencible. Ved lo que hizo con los Apóstoles. La timidez era el carácter de estos pobres pescadores; pero descende el Espíritu Santo, les infunde el *don de fortaleza*, y al instante se arrojan, se precipitan fuera del Cenáculo,

y van á reprender á la nacion más culpable sus enormes atentados. En vano se les prohíbe que hablen en nombre de Cristo: nosotros hablaremos siempre así, responden sin vacilar; Dios lo manda, y es más justo obedecer á Dios que á los hombres. Luego su valor tentó más nobles esfuerzos. A pesar de su corto número, dividiéronse entre sí el universo, y con el crucifijo en la mano, penetran en los pueblos bárbaros. Por todas partes rugen las borrascas mas espantosas, para hacerles desistir de tan heróica empresa; de los tronos emanan edictos sanguinarios; pero léjos de acobardarse con las amenazas de los tiranos, léjos de temer las cárceles y los suplicios, se gloriaban en los tormentos, besaban las cadenas con que eran aprisionados, y pedian á sus verdugos los modos más penosos de morir. Pidamos, hermanos míos, este don tan necesario; y recibiremos vigor y fortaleza para hacer el bien, para precavernos del mal, y para tolerar y sufrir cuantos males nos sobrevengan.

Nuestro fin en el mundo, el fin de nuestra vocacion, el fin de nuestro estado es salvarnos, salvar nuestra alma, salvarla para siempre; nada, pues, nos es tan necesario como la ciencia de la salvacion. El Espíritu Santo nos la enseña, infundiéndonos el *don de la ciencia*, que nos hace conocer los medios de santificarnos y de conseguir la salud eterna. La ciencia es la aspiracion mas propia del hombre. Por lo mismo que es un sér inteligente, la ciencia le atrae; la ciencia es su condicion; la ciencia es su vida. En nuestros dias, todo el mundo habla de ciencia; todos pretenden conocerla, y se proclama y exagera el carácter científico de nuestra época; sin embargo, preciso es confesarlo, nos falta la ciencia propiamente dicha: muy pocos son los que la conocen. La gran ciencia del hombre es la ciencia de la salvacion; y el Espíritu Santo la concede al justo, infundiéndole el don de la ciencia. ¡Qué elevacion de miras, qué sublimidad de pensamientos no surgen en su corazon, al contemplar el espectáculo que la naturaleza ofrece á sus ojos! El manso arroyuelo, que serpentea risueño entre las yerbas; la flor, que matiza y alfombra los prados, y embalsama el ambiente con sus gratos perfumes; el ruidoso fragor de los vientos, que hacen bambolear las copudas cimas de los árboles, todo eleva su alma hácia el Criador. Nada hay para él indiferente; el planeta gigante, que parece pendiente de las azuladas bóvedas del firmamento, lo mismo que el cinife imperceptible que gira en el espacio, arranca de su pecho afectos sublimes y patéticos, y fijos los ojos en Dios, solo encuentra soláz y reposo en la esperanza de disfrutar un dia de su felicidad. Esta es la verdadera ciencia. ¿Qué importa que el justo ignore el curso de los astros, y los secretos de la naturaleza, si sabe salvarse?

Con el don de la ciencia, que es un conocimiento especulativo y práctico á la vez, reciben los justos el *don de piedad*, que nos hace honrar, reverenciar y tener á nuestro Padre celestial un verdadero afecto de hijo. ¡Cuántos motivos nos impulsan á amarle! Es amable por esencia; no solo es grande y poderoso, sino que es la misma grandeza y el mismo poder; no solo es hermoso y bueno, sino que están concentradas y personificadas en él la belleza y la bondad; no solo es santo y sábio, sino que es la misma santidad y sabiduría; es eterno, como que siempre ha sido y será; es inmenso, puesto que llena todos los lugares del mundo; es... pero ¿por qué me empeño, hermanos míos, en ponderaros las perfecciones por las cuales merece Dios nuestro afecto, perfecciones que ninguna lengua mortal sabría expresar, que ningun espíritu creado puede concebir? Por otra parte, para pagarle el tributo de nuestro reconocimiento, ¿no deben bastar los beneficios que de él hemos recibido? Pidamos, hermanos míos, el amor divino, que ocupa un lugar eminente entre todas las virtudes, como el oro lo ocupa entre los metales, como el sol entre los planetas; pidamos este amor, que es el colmo de la sabiduría, la obra maestra de la gracia, el principio y el fin de toda la ley; y el Espíritu Santo nos lo concederá, infundiendo en nuestras almas el don de piedad.

Además nos infundirá el *don de temor de Dios*, que nos separa del pecado y de todo lo que puede desagradar á nuestro Dios y Señor. Así que tenemos uso de razon, nos hablan de Dios, nos le muestran en todas partes, en el cielo y en la tierra, vigilando á los hombres, observando su conducta, y preparando para ellos premios ó castigos en la otra vida. Esta nocion de la divinidad nos inspira al punto su temor. Pero, el temor que se dice don del Espíritu Santo, no es un temor servil, sino un temor filial. Entre un siervo y un hijo hay la diferencia, de que el primero teme á su amo, y el segundo ama á su padre; pero este amor va acompañado de un temor sumamente respetuoso. Dios es nuestro padre, padre compasivo, que, desde la inmensidad de su gloria, descende hasta nuestra bajeza para buscar nuestro amor, para solicitarle, para ganarle, para comprarle, por explicarme así, con las riquezas y prodigalidades de su amor; padre tierno, que solo aspira á nuestro amor para levantarnos hasta él: como hijos agradecidos le debemos respeto, sujecion y reverencia humilde: pero este respeto, sujecion y reverencia van siempre acompañados del temor de contristarle, incurriendo en alguna falta. Procuremos, hermanos míos, abrigar en nuestro corazon este temor respetuoso, al cual la Escritura atribuye la santidad de todos los justos alabados en ella. Temamos á

Dios y seremos dichosos, porque escrito está: Bienaventurado el hombre que teme á Dios.

Espíritu Santo, adorable santificador de las almas, comunicadnos vuestros dones. ¡Qué abundancia de gracias habeis derramado sobre nosotros! ¡Con cuántas luces nos habeis iluminado! ¡Con cuántas inspiraciones secretas nos habeis movido! ¡Con cuántas saludables amonestaciones nos habeis corregido! Sin embargo, no hemos sabido aprovecharnos de vuestros auxilios. Venid ahora, Espíritu divino, y hacednos enteramente espirituales. Destruid en nosotros cuanto os desagrada, y sed el único espíritu que nos anime. Venid, y comunicadnos vuestros dones; santificad todas nuestras facultades interiores y exteriores, todos nuestros pensamientos, palabras y obras; haced que vivamos y muramos santamente, para poder reinar con vos por toda la eternidad.

DUDAS EN MATERIA DE RELIGION.

Sed hunc scimus unde sit, Christus autem cum venerit, nemo scit unde sit.

Este sabemos de donde es: mas, cuando venga el Cristo, nadie sabrá su origen.

(JOAN. VII, 27.)

El mayor pretexto que la incredulidad de los judíos oponía á la doctrina y al ministerio de Jesucristo, eran ciertas dudas acerca de la verdad de su mision. Nosotros, decian, sabemos quién sois y de dónde descendéis; pero cuando se manifeste el Cristo, que esperamos, no sabremos de donde viene, y así no tenemos certeza de que seais el Mesías prometido á nuestros padres. Se han visto ya muchos impostores en Judea, los que decian ser el gran Profeta, que esperamos, que han engañado al pueblo, y por último han recibido el castigo de su impostura. No tengais, pues, suspensa nuestra alma: *Quousque animam nostram tollis?* (JOANN. X, 24). Si quereis que os creamos como á Cristo, manifestad que lo sois de un modo que no deje lugar á la duda y al engaño.